

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO.

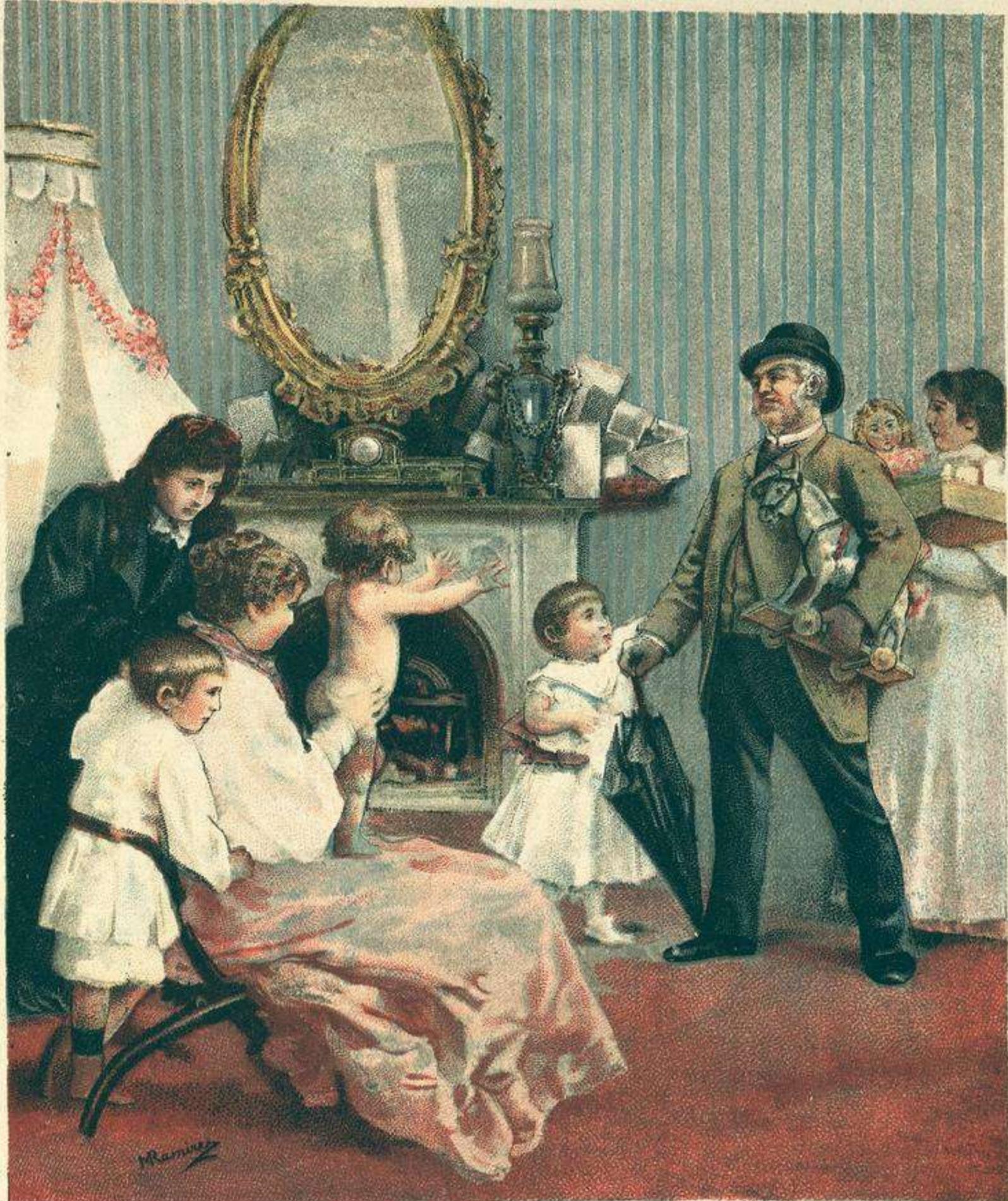
DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO II · Nº 42

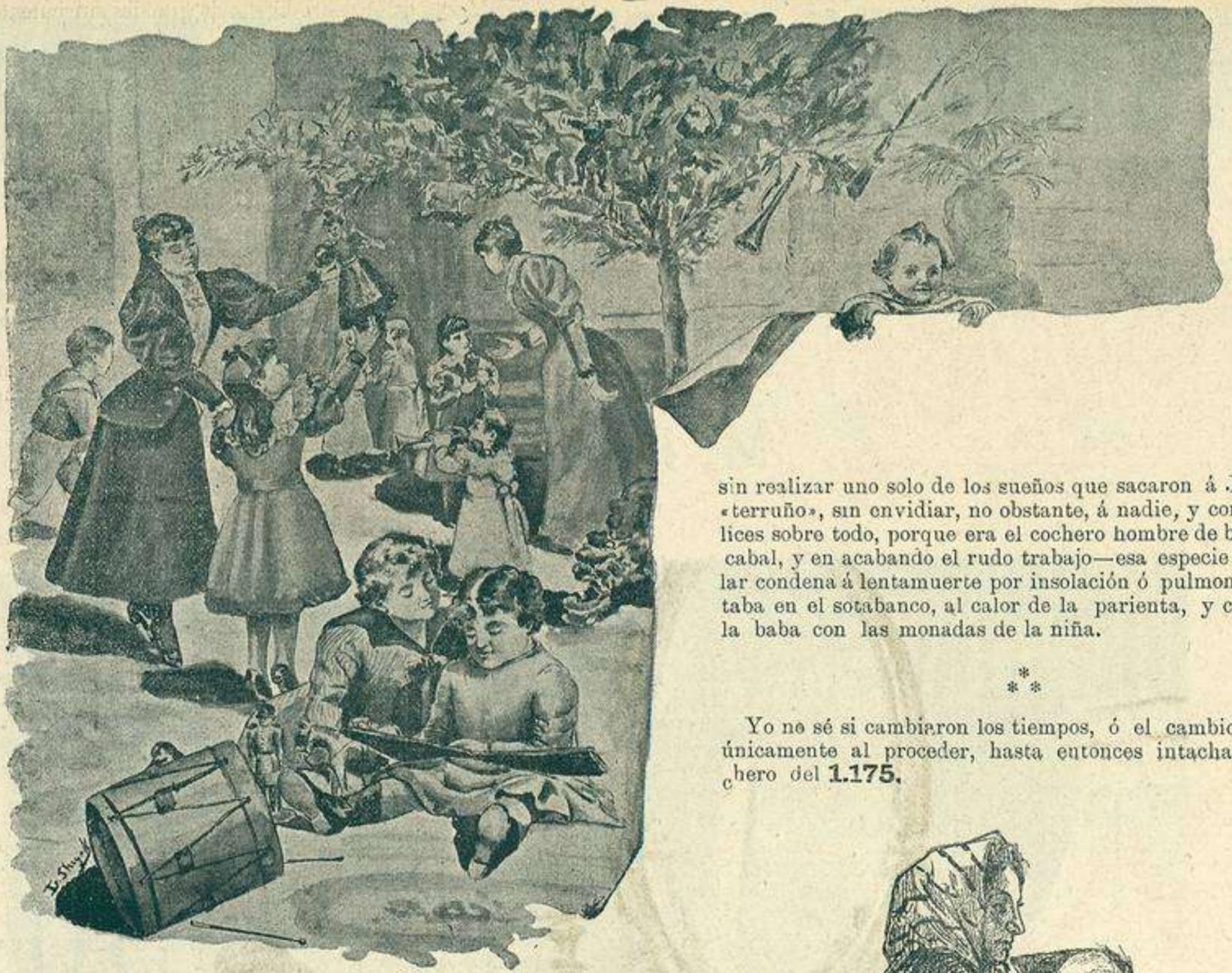
Madrid Diciembre de 1895

OFICINAS · FACTOR, 7

M. RAMIREZ.



EL AGUINALDO DEL ABUELO.



CUENTO DE REYES

LA AFRICANITA

A las doce le llevaba la comida su mujer.

Un mantón para envolver el cuerpo, un pañuelo para cubrirse la cabeza y carga para entrambos brazos: para el derecho, una niña muy guapa y muy rubia; para el izquierdo, una cesta muy pequeña y medio rota.

Cargas ligeras las dos, que si los hijos nunca molestan á las madres. la cesta y su contenido—comida frugalísima—apenas pesaban.

Y así dispuesta, á buscar al marido, allá, á su «parada», al «punto»—por cierto muy distante de la calle en que habitaba el matrimonio—y á esperarle á veces (cuando había «cargado») mucho rato, durante el cual la vianda se quedaba helada, y el azafrán, que á falta de mejor aliño sazónaba y daba brillo á las eternas patatas del guisado, llegaba á formar sobre ellas algo parecido al «estuco».

El hombre venía al fin. A lo lejos, por la entrada de la calle, asomaba su berlina, el coche de plaza **1.175**, y ella conocía demasiado, para equivocarse, el ruido del rodaje, la forma de la guarnición, el «tranco» lento y perezoso del «Distinguido», un pobre caballejo que fué arrogante «pur sang» de blasonada caballeriza.

Comenzaba, pues, en cuanto le oía, los preparativos del festín; de suerte que, cuando Juan «echaba el ancla», ya tenía la cesta abierta y el pucherillo dispuesto y la servilleta en forma de servirse de ella sin demora.

Metía Juan la tralla en el fustero, rodeaba las riendas á la vara, extendía sobre «Distinguido» una manta «transparente», y cubriendo el «Sé alquila» con un pañuelo y poniéndose en cuclillas sobre el salpicadero del pescante, cuya cuña servía entonces de mesita auxiliar, empezaba á comer á compás, alternando las «entradas» de su tenedor en el puchero con las que correspondía hacer á Dolores. Esta, de pie en la acera, y apoyada en el carruaje, comía á su vez, dando cucharaditas del sabroso guiso á la niña, que entonces disfrutaba sola del mantón, sentada en el pescante, junto al reloj-contador.

Y así días, meses, años enteros, sin mejorar nunca de posición,

sin realizar uno solo de los sueños que sacaron á Juan de su «terruño», sin envidiar, no obstante, á nadie, y contentos, felices sobre todo, porque era el cochero hombre de bien á carta cabal, y en acabando el rudo trabajo—esa especie de singular condena á lentamuerte por insolación ó pulmonía—ya estaba en el sotabanco, al calor de la parienta, y cayéndosele la baba con las monadas de la niña.

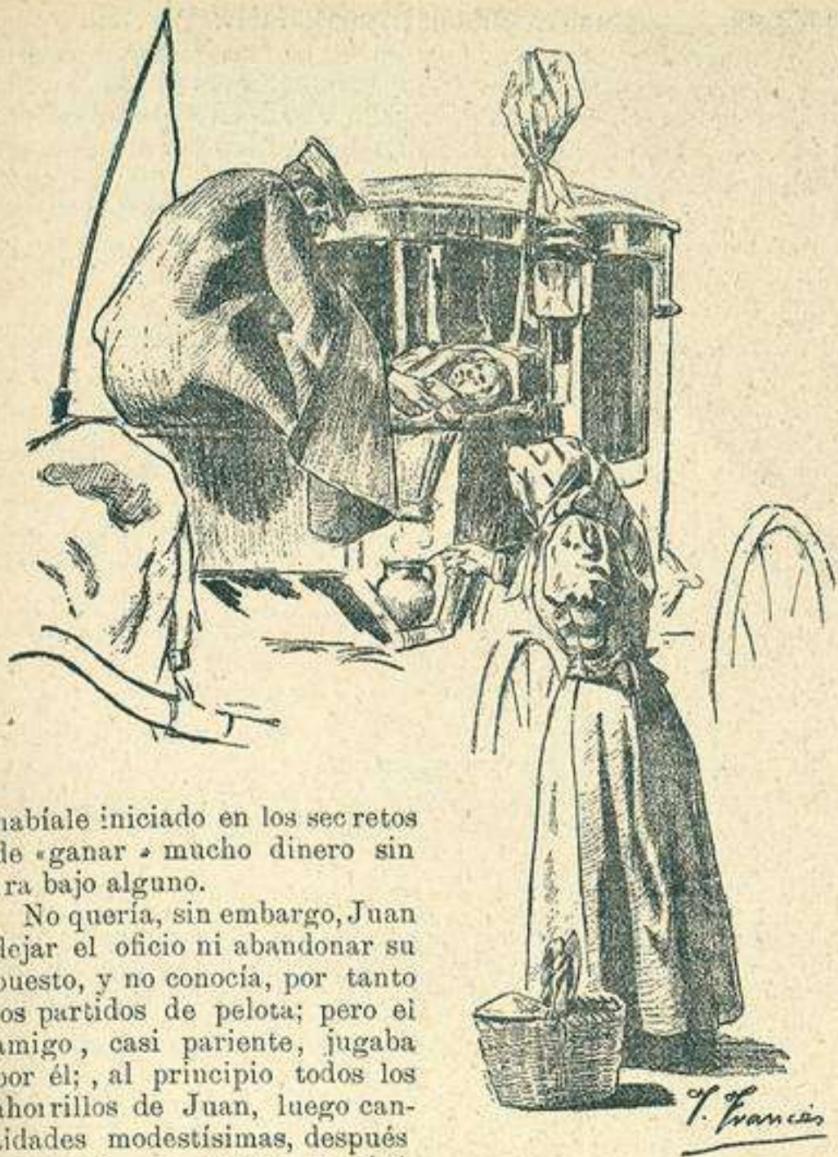
*
*
*

Yo no sé si cambiaron los tiempos, ó el cambio se redujo únicamente al proceder, hasta entonces intachable, del cochero del **1.175**.



Ello fué que al cabo de tantos años llegó uno en que Juan comía solo, no en el pescante, como «entonces», sino en el fondo oscuro y malsano de una taberna vecina á su parada.

Los primeros días que esto ocurrió, los compañeros comentaron á su modo la desaparición de la mujer y de la niña, y hubo quien dijo que Juan las había abandonado desde que un amigo suyo, corredor del frontón más en boga—y era cuando todos triunfaban—



habíale iniciado en los secretos de «ganar» mucho dinero sin tra bajo alguno.

No quería, sin embargo, Juan dejar el oficio ni abandonar su puesto, y no conocía, por tanto los partidos de pelota; pero el amigo, casi pariente, jugaba por él; al principio todos los ahorritos de Juan, luego cantidades modestísimas, después conforme la suerte le fué propicia, sumas fuertes, y por último, cuando le «volvió la espalda», el producto de «empeños» y de préstamos, colocando á su mujer y á su hija en situación desesperada, que hubiera sido fatal para las dos inocentes, sin la virtud, la laboriosidad y las manos primorosas de Dolores, que, dejando á su hombre, trabajó á destajo en favor de la pobre rubita.

Iba, mientras tanto, Juan de mal en peor, ganando un día, perdiendo diez, y cuando el alquilador en cuya casa servía desde que vino de Asturias lo despidió por faltas graves, «dió la vuelta» á todas las cocheras de Madrid, hasta que á fuerza de súplicas, y prometiendo la enmienda, volvió á ser admitido y ocupó otra vez el pescante del coche **1.175**.

Juan había tenido fama de honradísimo. Cuantos objetos dejaron olvidados en su coche los «parroquianos» ó el... público, volvieron á manos de sus dueños, porque los entregaba siempre al alquilador, y éste, si no los reclamaban, los hacía anunciar en los periódicos.

Pasaron así por mano del cochero, entre otras muchas cosas, una cartera llena de billetes de Banco, un magnífico gabán de pieles y una espléndida pulsera.

Y ni una sola vez la «tentación» le venció, ó, mejor diríamos, ni una sola llegó á tenderle sus redes.

Esta buena condición no desapareció nunca en el asturiano, que por absurdas teorías «acomodaticias» acudió, no obstante, á otros medios «non sanctos» para tener dinero que dar al corredor, lucrándose más que el dueño del carruaje cuando la «fiebre» del juego hizo presa, y presa honda, en su robusta naturaleza de sano montañés.

Aquella tarde, tarde cruel de invierno y de nieve, dormitaba el cochero y dormía el caballo, sostenido éste, más que por los brazos corvos y por las patas quebradas, por las limoneras de hierro de la berlina.

Por la noche se inauguraban en un frontón partidos con luz eléctrica, y el «corredor», que se pintaba solo para correr de una á otra cancha, había ya avisado á Juan para que, aunque tuviera que fingirse enfermo, no dejara de acompañarle, porque «aquello» iba á estar superior.

Juan dormitaba, repito, cuando sintió que le tiraban del carrik. Incorporóse para preguntar: «¿Adónde?», y hallóse frente á frente de su mujer.

Acusaba Dolores en el rostro huella de grandes sufrimientos dijo brevemente á su marido:

—Dios sabe cuánto me pesa venir á buscarte; pero soy honrada y no hallo otro medio. Rosita está muy mala. Yo me levanté ayer, apenas curada de un ataque á la cabeza, que me ha impedido trabajar un mes. No tengo dinero ninguno, ¿sabes?, y me moriré de hambre, mientras Rosita se muera también por falta de los cuidados que necesita. Por eso vengo á pedirte...

—Malus demonius te lleven. Así sois. Para eso os acordáis del marido.

—No seas bruto, Juan, ni ofendas á Dios, y escucha lo que digo. Lo de menos soy yo. Rosita es la que me importa. ¿Ya no te acuerdas de lo que la has querido? ¿No te acuerdas de que todos los años, tal día como hoy, la víspera de Reyes, cuando ibas á encerrar, te esperaba yo y nos marchábamos juntos á comprarle un juguete? Hoy lo necesita nuestra hija más que nunca, y sin mi mal, y le hubiera yo comprado lo que ella quiere: Una muñeca negra.

Juan se conmovió un poco esta vez, y preguntó:

—Peru, ¿está tan mala la rapaza?

—Y tanto. Se ha quedado en los huesos la pobrecilla.

—Pues ahora nun puedo servirte, mujer; apenas me he «estrenado» hoy. Pero vete tranquila; á la noche te llevaré ó te mandaré algunos cuartillos... lu que pueda, segun seyan las propinas...

—Con tu jornal de hoy me contento.

—¿Mi jornal? Entonces no podría yo...

—¿Qué?

—Nada. Vete tranquila te digu, mujer, y no me encucoros más.

Marchóse Dolores, sin esperanza, y ocupóse en seguida Juan. Una señora joven y elegante tomó el **1.175**, diciendo al cochero:

—A casa de Medel: Alcalá, 6.

En aquel momento anocheecía.

Mala noche la de aquella víspera de Reyes. La nevada, interrumpida por la tarde, arreció al encenderse los faroles. La señora invirtió largo rato en sus compras y salió precedida de un dependiente, que le traía lo menos diez ó doce paquetes.

—Lus Reyes—se dijo Juan. Y la imagen de Rosita llenó por un instante su pensamiento.

Muy cerca de las nueve se retiró el cochero. Desengachado el caballo, miró, como tenía por costumbre, al interior del carruaje y vió caído sobre la alfombra un bulto pequeño. Rompió el papel que lo envolvía, y surgió á su vista una linda muñeca: una negrita monísima, vestida de africana.

—Diantre—exclamó—esa señora se ha olvidadu de esto.

Y contempló el juguete, que era una maravilla en conjunto y en detalles: color, expresión, ropas, arracadas, collares, brazaletes, todo.

Por primera vez, en lugar de llamar á su amo para hacerle entrega del objeto perdido, se lo metió en un bolsillo del carrik, diciendo:

Ca; ni á él ni á esa señora. Esto es para mi hija, que quería una muñeca negra. Así nu tengo que darle á la parienta más que un par de pesetillas, y se quedará tan cuntenta.

Liquidó su cuenta, apartó los seis reales á que ascendían las propinas, y uniendo esa cantidad al mermado producto del último partido, que guardaba en grasienta cartera, se marchó... al frontón acariciando á *La Africanita*, acostada en el profundo bolsillazo.

No cabía un alfiler.

«¡80 á 2!» gritaban los corredores, y Juan, al entrar, había jugado «todo lo que llevaba» por... los «colorados», por los que perdían, á juzgar por esa vergonzosa «cotización» de un **2** frente á un **80**.

Cuarenta y dos tantos marcaba el tanteador para los afortunados, y solo **30** tenían los... ya vencidos.

—Bah—pensó Juan.—Anselmu sabe lu que se pesca, y nun perderé.

El cochero, sin emoción alguna, fiándolo todo en Anselmo, porque como siempre había jugado «desde fuera», no entendía palabra de todo aquello, continuó en su puesto hasta que el último tanto dió el triunfo á los azules, que se apuntaron el **50** entre los aplausos de unos pocos, y el tableteo estridente, brutal, de la pelota lanzada con rabia en un revés supremo por los derrotados.

Y entonces ocurrió una cosa extraña.

Anselmo y otros corredores se vieron envueltos por el público, que protestaba de no sé qué chanchullo. Llegaron á las manos, y entre el tumulto allí formado, una oleada irresistible arrolló á

Juan, que se acercaba para hablar á Anselmo, y lo derribó, siendo pisoteado cien veces.

Recobró el sentido en la enfermería, y al recoger sus ropas exteriores, de las que el médico habíale despojado, tentóse los bolsillos por si le faltaba algo, y halló totalmente deshecha la muñeca, la linda negrita vestida de africana.

Juan, acordándose de Rosita, sintió con toda su alma el percance, y sus ojos se humedecieron.

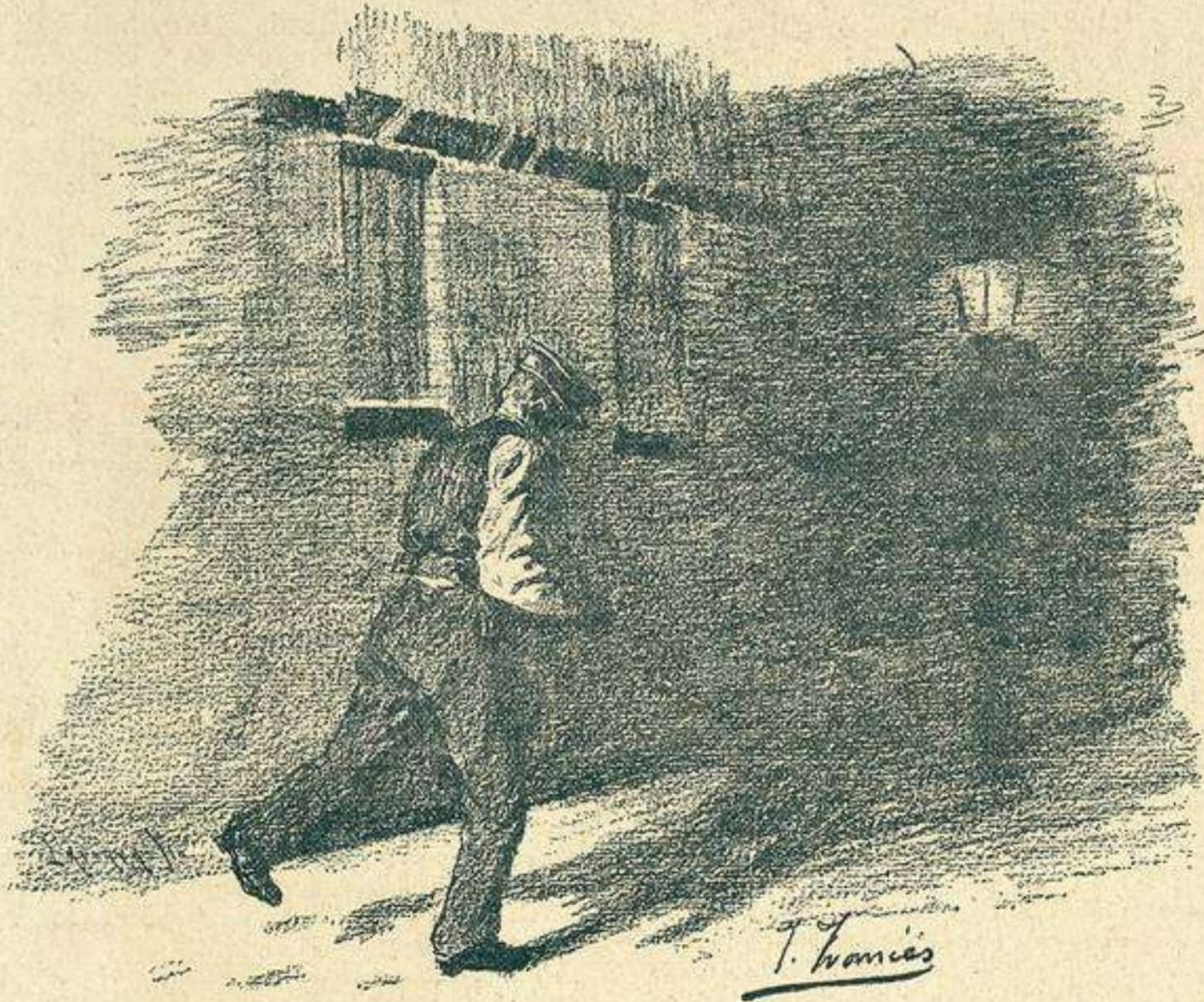
Solo la cabeza, lo más bonito de *La Africanita*, se había salvado, y como «guillotínada» seguía mostrando sus ojos de azabache, sus dienteillos blancos, sus rizos negros, su color cobrizo y el penacho de plumas multicolores que coronaba su frente.

Allí próxima había una casa de préstamos. Subió. Puso sobre el mostrador el carrik (aunque no le pertenecía), la chaqueta, el tapabocas, el reloj, y conservando la cabecita de la muñeca, con cuyo pelo restañó la sangre de la mano herida, bajó á saltos las escaleras, apretando con el codo en el bolsillo del chaleco las 30 pesetas que le habían dado.

Volvíanse las gentes para mirar aquel hombre, en mangas de camisa, y él corriendo más que su *Distinguido*, atravesó calles y plazas hasta llegar á su casa. Dolores salió á abrir.

—¿Tú? La verdad, no te esperaba—le dijo.

—Pues vengu—contestó Juan casi sollozando—para que nunca más nos apartemus.



El cohero se quedó mirando aquel despojo como un idiota.

Salió. En la «cancha» no había ya nadie. La luz eléctrica estaba apagada. Un dependiente á quien preguntó, le dijo:

—Valiente inauguración. Los «colorados» han perdido, es decir, se han dejado ganar; ha habido «bronca» y dos heridos graves, y Anselmo, el corredor, está en la cárcel por tramposo.

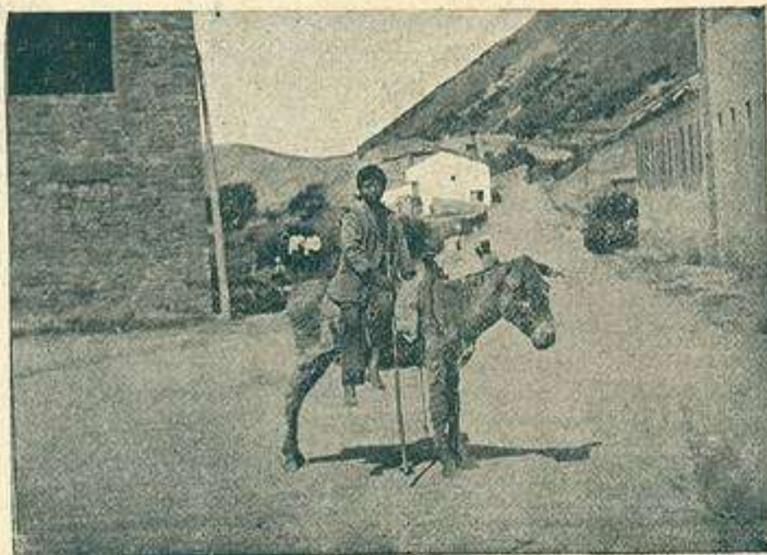
Juan, dotado de un buen corazón, aunque lo llevaba demasiado... «hondo», tuvo entonces vergüenza. Se acordó de su mujer y de su hija, de su casita del valle, de sus ancianos padres, de su coche, de su 1.175, que cuando «no jugaba» atendió honradamente á sus necesidades, y dando vueltas y más vueltas en el bolsillo á los pedazos de *La Africanita*, con los que se hirió la mano, se lanzó á la calle.

Rosita tuvo muñeca, y muñeca «negra», como quería, porque con la cabeza de *La Africanita* le arregló Dolores un juguete; los Reyes Magos (de fijo, sin darse cuenta de ello) realizaron aquella noche una gran obra; y al día siguiente cuando, el 1.175 salía de la cochera, rompiendo la niebla y guiado por Juan (que había hablado mucho con el amo), dijérase que el *Distinguido* arrastraba el coche más á gusto que otras veces.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

(1895)

INSTANTANEAS POR J. DOSSET.

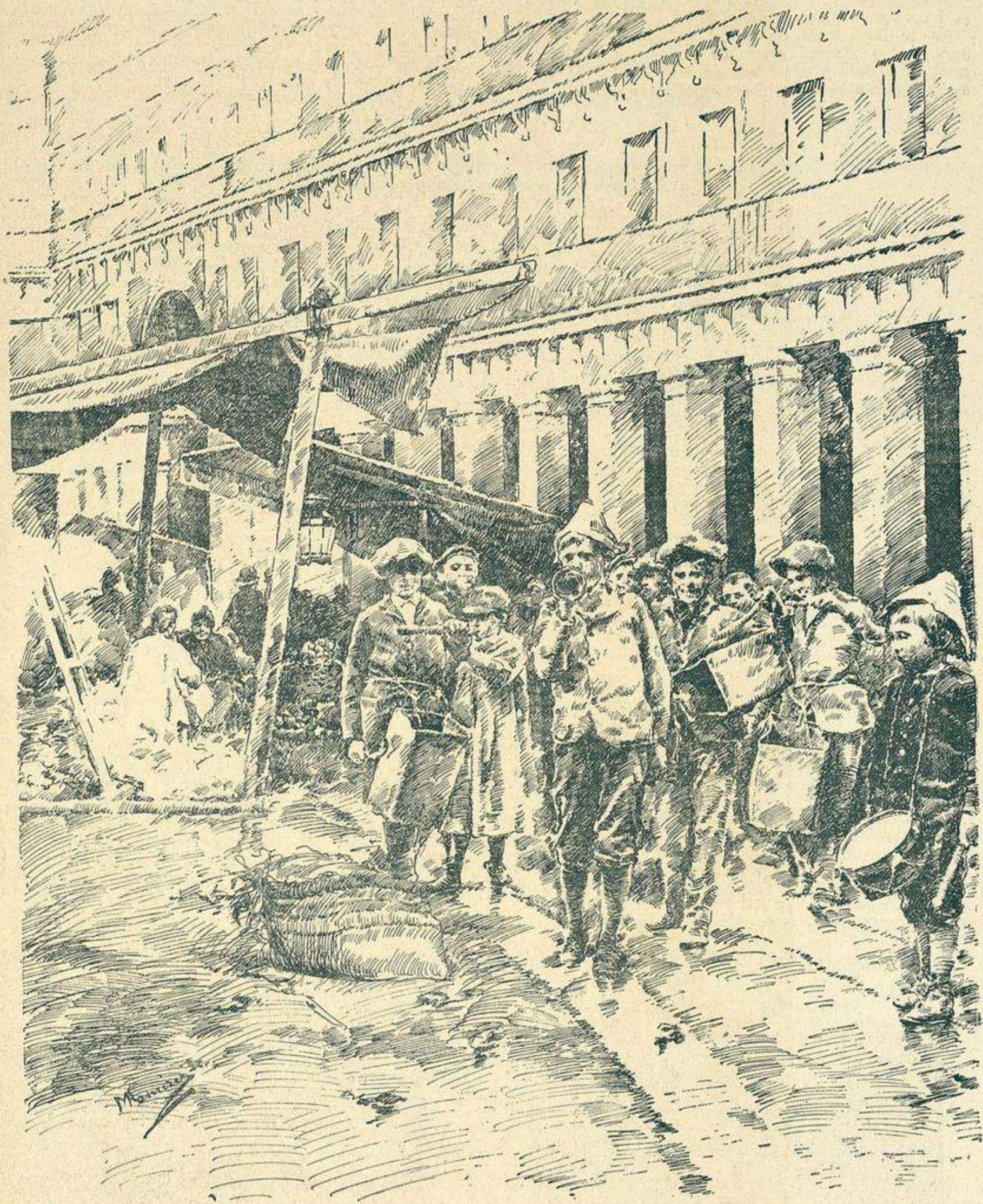


Un gentlement.



De paseo.

M. RAMIREZ



EN LA PLAZA MAYOR

RINCONETE Y CORTADILLO⁽¹⁾

COMEDIA INEDITA, SACADA DE LA NOVELA DE CERVANTES

Escena del acto primero.—El teatro representa un arrabal de Sevilla.—Cortadillo en el foro, de espaldas al público.—Rinconete aparece por la derecha.

RINCONETE. ¡Qué solo está el arrabal!
¡Calla! allí hay un personaje
que parece por su traje
persona muy principal.
Le saludaré, que ahora
y en toda ocasión la gente
debe de ser complaciente,
cortés y saludadora.
Vamos, pues, allá. ¡Señor!...
(Cortadillo se vuelve sorprendido.)
¡Oh! ¡qué gentil apostura!

CORTADILLO. Si es mala, se me figura
que la vuestra no es mejor.

RINC. Pues porque tenéis mi traza
y lucís mi gentileza,
y hais de ser tan buena pieza
como son los de mi raza,
creedme, señor hidalgo,
que bastó tan sólo el veros
para venir á ofreceros
cuanto soy y cuanto valgo.

CORT. Os lo estimo si es así.

RINC. Y, decidme, gentilhombre
(pues aun no sé vuestro nombre),
¿dónde bueno por aquí?

CORT. ¿Vuestra merced no lo atina?

RINC. No.

CORT. Pues, entonces, no yerra.

RINC. Decid cuál es vuestra tierra
y para dónde camina.

CORT. ¿Cuál es mi tierra?... no sé;
¿dónde camino?... tampoco.

RINC. ¿Vuestra merced está loco
ó se burla?

CORT. ¿Yo?... ¿y por qué?

RINC. Porque con razón recelo
que ha de tener algún nombre
vuestra tierra, pues no hay hombre
que haya caído del cielo;
y que tenéis que pasar
adelante, para mí
es muy cierto, porque aquí
no siempre os habéis de estar.

CORT. Decís bien, sin duda alguna;
mas la verdad yo os decía,
porque mi tierra no es mía
ni tuve jamás ninguna.

RINC. ¿Y sabéis algún oficio?

CORT. Mi oficio es todo lo que amo;
corro y salto como un gamo,
y cuanto veo codicio.
Mas, cuando estoy entre gente
y hay una ocasión cualquiera,
corto también de tijera...
¡y muy delicadamente!

RINC. Todo eso es muy provechoso,
muy bueno y útil.

CORT. Sí tal.

RINC. Ganaréis un capital
con ese corte famoso,
pues clérigos y seglares
os pedirán á granel
flores y hojas de papel
para adornar los altares.

CORT. No es ese el corte á que yo
me dedico.

RINC. ¿Es otro?

CORT. Sí.

RINC. Mi padre es sastre, y á mí,
de su oficio, me enseñó
á cortar ropa; y tan diestro
soy en cortarla hoy día,
que ahora mismo me podría
examinar de maestro.

CORT. Bien está; pero imagino
que, á más de maestro sastre,
su merced es un pillastre
muy redomado y ladino;
pues da de ojo que, á la par
de esas costumbres discretas,
tiene otras gracias secretas
que no quiere confesar.

RINC. Si tengo; mas porque son
secretas, como ha apuntado
su merced, las he dejado
para mejor ocasión.

CORT. Pues sepa, si no lo sabe,
que soy mozo muy secreto,
y que guardar os prometo
cuanto digáis, bajo llave.

RINC. Y para obligaros más
os descubriré mi pecho
y haré lo que no habéis hecho
por receloso quizás;
y pues libres de testigos
nos hallamos frente á frente,
y hemos de ser ciertamente
dos verdaderos amigos,
oid de mi corta vida
la historia que á decir voy. (Pausa.)
Yo, señor hidalgo, soy
natural de la Fuenfrida.
Mi nombre es Pedro Rincón,
pero desde mozalbeté
me llamaron Rinconete,
y por éste doy razón.
A mi padre, que es bulero,
le acompañé en tal servicio,
pero yo, más que á su oficio,
me aficioné á su dinero,
y, valido de un ardid,
cierto día me abracé
á un talego que le hurté
y dí con él en Madrid.

(1) En un número dedicado á los niños encajan perfectamente estos dos muchachos del siglo XVI.

He aquí cómo los describe Cervantes: «...Dos muchachos de hasta de edad de catorce á quince años: el uno (Cortadillo), y el otro (Rinconete) no pasaba de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían; los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos; porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos.

«Traía el uno montera verde, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y cenida por los pechos, traía una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, ahmidonado con grasa, y tan deshulado de roto, que todo parecía hilachas.

«Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más se las cercenaron y dejaron de aquel talle.

«Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaquerros.»

Triunfé y viví á lo señor,
 prendióme la autoridad,
 y, en gracia á mi poca edad
 y por no tener favor,
 me mosquearon de firme;
 salí después desterrado,
 y de entonces me he ganado
 la vida con solo irme
 por los mesones y ventas
 con estos naipes, que son,
 como tendréis ocasión
 de ver, mis mejores rentas.
 Que aunque ellos están astrosos
 y de color de aceituna,
 son, jugando á la veintiuna,
 unos naipes prodigiosos;
 pues, cuando yo los barajo,
 alzo y corto, no hay manera
 ni forma, sea como quiera,
 de que no haya un as debajo;
 y si jugasteis quizás
 la veintiuna á la baraja,
 ya sabréis cuánta ventaja
 es tener á mano un as;
 porque el as lo mismo pasa
 y vale once tantos que uno,
 dado á tiempo hace veintiuno
 y el dinero queda en casa.
 Está bien; y pues mi vida
 tras la vuestra he de contar,
 no quiero hacerme esperar
 y doy principio en seguida.
 Mi nombre es Diego Cortado,
 mas también desde chiquillo
 me llamaron Cortadillo
 y Cortadillo he quedado.
 Soy natural del Pedroso,
 lugar puesto entre Medina
 y la ciudad salmantina,

CORT.

pueblo muy rico y hermoso.
 Mi padre, cual referí,
 ropa me enseñó á cortar;
 pero yo, por mejorar,
 á cortar bolsas me dí.
 Mi afición, de mi madrastra
 el trato desamorado,
 y más que nada cansado
 de la vida que se arrastra
 en tan estrecho lugar,
 forjaron en mí el profundo
 deseo de correr mundo,
 y al fin me vine á escapar.
 Fuíme derecho á Toledo,
 y allí me dediqué al corte,
 con tal maña y tan buen porte,
 que con verdad decir puedo
 que no hubo oculto bolsillo,
 relicario ó faltriqueras,
 que al golpe de sus tijeras
 no atrapase Cortadillo.
 Así anduve, hasta que un día
 de mi perfecta labor,
 dió parte al corregidor,
 para perderme, un usia;
 me lo contaron, y, luego
 que hube visto ser verdad,
 con la mayor brevedad
tomé las de Villadiago.
 Pues ahora os quiero enseñar
 cómo se hace la veintiuna;
 y si es que alguién, por fortuna,
 se acerca á vernos jugar,
 y quiere hacer el tercero,
 pensando que va de veras,
 veréis de cuántas maneras
 le sacamos el dinero.

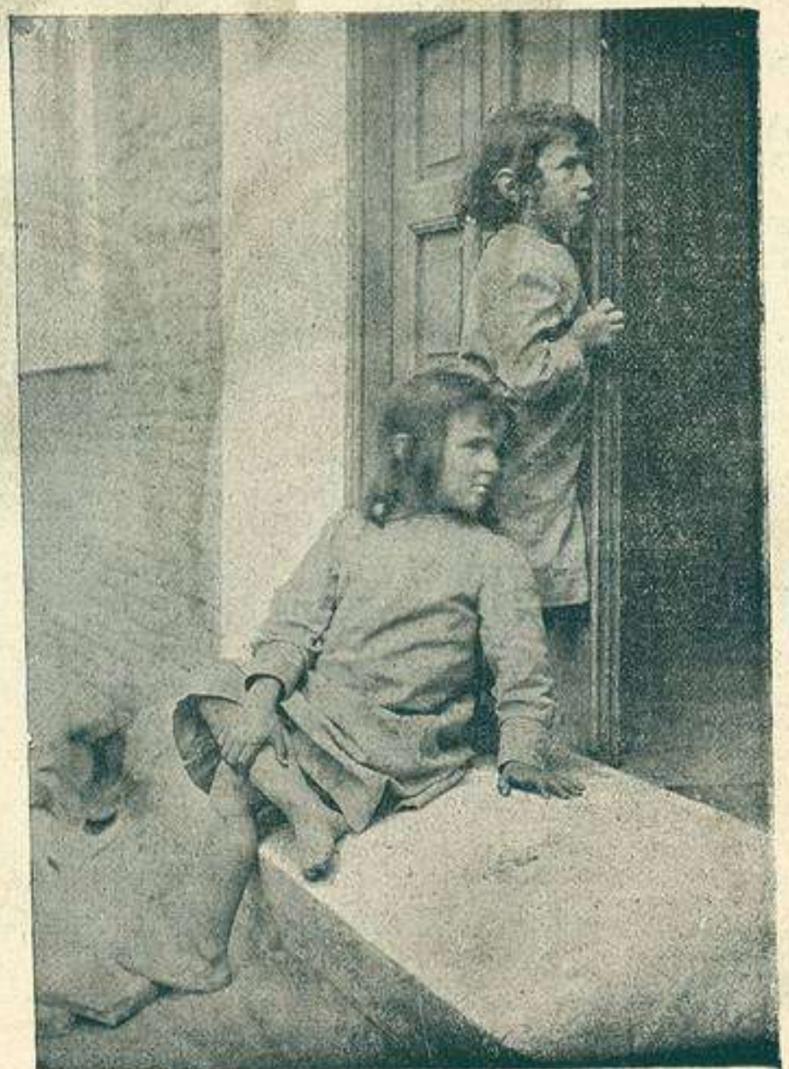
RINC.

VICENTE COLORADO.

INSTANTÁNEAS, POR F. TODA



Después del castigo.



¡Sin padres!



ENERO - 31 Dic.	FEBRERO - 28 Dic.	MARZO - 31 Dic.	ABRIL - 30 Dic.	MAYO - 31 Dic.	JUNIO - 30 Dic.
<p>1. S. Esteban y S. Praxedes</p> <p>2. S. Cirilo y S. Iodora</p> <p>3. S. Inocencio y S. Victor</p> <p>4. S. Juan y S. Pablo</p> <p>5. S. Basilio y S. Juan</p> <p>6. S. Gregorio y S. Nazario</p> <p>7. S. Nemesio y S. Simplicio</p> <p>8. S. Valeriano y S. Gregorio</p> <p>9. S. Eusebio y S. Placido</p> <p>10. S. Apollonia y S. Felicitas</p> <p>11. S. Saturno y S. Felicitas</p> <p>12. S. Silvestre y S. Matilde</p> <p>13. S. Agustin y S. Felicitas</p> <p>14. S. Valentin y S. Placido</p> <p>15. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>16. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>17. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>18. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>19. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>20. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>21. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>22. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>23. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>24. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>25. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>26. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>27. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>28. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>29. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>30. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>31. S. Felicitas y S. Saturno</p>	<p>1. S. Reyes y S. Epifanio</p> <p>2. S. Simeon y S. Iudith</p> <p>3. S. Blas y S. Vicente</p> <p>4. S. Agustin y S. Felicitas</p> <p>5. S. Valentin y S. Placido</p> <p>6. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>7. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>8. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>9. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>10. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>11. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>12. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>13. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>14. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>15. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>16. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>17. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>18. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>19. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>20. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>21. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>22. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>23. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>24. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>25. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>26. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>27. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>28. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>29. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>30. S. Felicitas y S. Saturno</p>	<p>1. S. Juan Bautista y S. Juan</p> <p>2. S. Gregorio y S. Nazario</p> <p>3. S. Nemesio y S. Simplicio</p> <p>4. S. Valeriano y S. Gregorio</p> <p>5. S. Eusebio y S. Placido</p> <p>6. S. Apollonia y S. Felicitas</p> <p>7. S. Saturno y S. Felicitas</p> <p>8. S. Silvestre y S. Matilde</p> <p>9. S. Agustin y S. Felicitas</p> <p>10. S. Valentin y S. Placido</p> <p>11. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>12. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>13. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>14. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>15. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>16. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>17. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>18. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>19. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>20. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>21. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>22. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>23. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>24. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>25. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>26. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>27. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>28. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>29. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>30. S. Felicitas y S. Saturno</p> <p>31. S. Felicitas y S. Saturno</p>	<p>1. S. Felipe y S. Jacobo</p> <p>2. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>3. S. Marcos y S. Matias</p> <p>4. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>5. S. Marcos y S. Matias</p> <p>6. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>7. S. Marcos y S. Matias</p> <p>8. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>9. S. Marcos y S. Matias</p> <p>10. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>11. S. Marcos y S. Matias</p> <p>12. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>13. S. Marcos y S. Matias</p> <p>14. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>15. S. Marcos y S. Matias</p> <p>16. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>17. S. Marcos y S. Matias</p> <p>18. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>19. S. Marcos y S. Matias</p> <p>20. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>21. S. Marcos y S. Matias</p> <p>22. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>23. S. Marcos y S. Matias</p> <p>24. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>25. S. Marcos y S. Matias</p> <p>26. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>27. S. Marcos y S. Matias</p> <p>28. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>29. S. Marcos y S. Matias</p> <p>30. S. Matias y S. Simplicio</p> <p>31. S. Marcos y S. Matias</p>	<p>1. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>2. S. Juan y S. Pablo</p> <p>3. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>4. S. Juan y S. Pablo</p> <p>5. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>6. S. Juan y S. Pablo</p> <p>7. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>8. S. Juan y S. Pablo</p> <p>9. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>10. S. Juan y S. Pablo</p> <p>11. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>12. S. Juan y S. Pablo</p> <p>13. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>14. S. Juan y S. Pablo</p> <p>15. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>16. S. Juan y S. Pablo</p> <p>17. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>18. S. Juan y S. Pablo</p> <p>19. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>20. S. Juan y S. Pablo</p> <p>21. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>22. S. Juan y S. Pablo</p> <p>23. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>24. S. Juan y S. Pablo</p> <p>25. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>26. S. Juan y S. Pablo</p> <p>27. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>28. S. Juan y S. Pablo</p> <p>29. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>30. S. Juan y S. Pablo</p> <p>31. S. Pedro y S. Pablo</p>	<p>1. S. Juan y S. Pablo</p> <p>2. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>3. S. Juan y S. Pablo</p> <p>4. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>5. S. Juan y S. Pablo</p> <p>6. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>7. S. Juan y S. Pablo</p> <p>8. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>9. S. Juan y S. Pablo</p> <p>10. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>11. S. Juan y S. Pablo</p> <p>12. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>13. S. Juan y S. Pablo</p> <p>14. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>15. S. Juan y S. Pablo</p> <p>16. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>17. S. Juan y S. Pablo</p> <p>18. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>19. S. Juan y S. Pablo</p> <p>20. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>21. S. Juan y S. Pablo</p> <p>22. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>23. S. Juan y S. Pablo</p> <p>24. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>25. S. Juan y S. Pablo</p> <p>26. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>27. S. Juan y S. Pablo</p> <p>28. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>29. S. Juan y S. Pablo</p> <p>30. S. Pedro y S. Pablo</p> <p>31. S. Juan y S. Pablo</p>



1895

CRONOTIPIA - E. PORTABELLA.

SARAGOZA.

ALMANAQUE INFANTIL.

MERENGUE

Así le apodaban sus amigos, los granujillas, porque tenía un corazón sensible y bondadoso.

En sus momentos de ternura, daba hasta la camisa; pero como las más de las veces solía no tenerla, vaciaba sus bolsillos, en los que nunca faltaba alguna que otra colilla de cigarro.

Merengue no tenía más nombre que su apodo, ni otro hogar que la calle, ni más familia que los transeúntes, de los que recibía limosnas ó pescozones, según eran los méritos que hacía ó el humor de las personas con quienes tropezaba.

La noche del 5 de enero, ya hace de esto algunos años, fué memorable para Merengue.

Había ido á esperar á los Reyes con unos cuantos babiecas, de los cuales se burló y rió á sus anchas, y, á eso de la una de la madrugada, con un frío de mil diablos y sin más capital que una pieza de cinco céntimos, se encontró solo en Recoletos, sin saber dónde ir á pasar la noche.

Afortunadamente el lugar en que se hallaba le hizo recordar que cerca del Hipódromo construían á la sazón un magnífico hotel, de cuya obra era guarda el señor Pepe, hombre ya viejo y muy amigo suyo, que jamás le había negado, en sus horas de aflicción, un pedazo de pan con que engañar el hambre y un rincón donde dormir.

Allá se dirigió con paso tranquilo, seguro de su alojamiento y silbando con mucho arte una canción popular.

Ya á la mitad del camino, se detuvo frente á una casa de vecindad, en cuyo piso bajo, y entre la reja de hierro que cubría el vano de la ventana, vió relucir un objeto, el cual reflejaba en la sombra la luz de un farol inmediato.

Merengue se echó la gorra atrás y se rascó la cabeza.

—¡Córcholis! ¿Qué será eso que reluce?

Se acercó á la reja, se asió á las barras, trepó de un salto y pronto tuvo entre sus manos un par de botitas blancas con botones esféricos de resplandeciente nácar.

—¡Toma!—exclamó.—¡Si son las lotas de un pituso que las ha puesto al sereno para que le echen alguna cosa los Reyes Magos!

Merengue, que era un Voltaire sin saberlo, se conmovió ante aquella infantil confianza en lo desconocido; y metiendo la diestra en el bolsillo del pantalón, sacó la moneda de cinco céntimos, la puso en una de las botas y se encaramó de nuevo en la reja con objeto de colocarias otra vez en su sitio.

Absorto en esta tarea, y cuando ya iba á terminarla, sintió que le asian brutalmente del cuello y que le daban un par de cachetes de padre y muy señor mío.

—¡Granuja! ¡ladrón! ¡pillete!

Era la pareja de orden público que le cogía *in fraganti*, con las piernas al aire y el par de botinas en la mano.

—Yo no soy ladrón—prorrumpió Merengue.

—¿No, eh?... ¿Pues qué hacías con esas botas?

—Lo que los Reyes Magos no han hecho nunca conmigo.

En vano protestó de su inocencia y explicó una y otra vez sus buenos propósitos, que por lo generosos fueron menos creídos todavía; la pareja, implacable como la ley que representaba, se atuvo á los hechos, y después de tomar nota de las señas de la casa y embolsarse el cuerpo del delito para proceder en justicia, se llevaron á la prevención á Merengue, á quien, con algún que otro pescozón, le regalaron también esta desconsoladora profecía:

—¡Ya tienes cárcel para rato!

P. P. GIL.

LA VIRGEN EN EL PESEBRE

Entre sus blancos pañales
mece la Virgen al niño,
que inquieto bulle y gorjea
como un pájaro en su nido;
en dulce arrullo le canta
lo que la madre á sus hijos
canta para que se duerman...
pero no se duerme el niño.

Entusiasmado y alegre
con el musical sonido,
el dulce canto remeda
como un salmista levítico;
marca el compás en el lecho
con sus rosados bracitos,
mas la Virgen se entristece
porque no se duerme el niño.

—Mi dulce Jesús—le dice
con voz trémula á su hijo,—
duerme, corderito blanco,
duerme, que es tarde, hijo mío.
La luz se apaga, estás débil
y tu hermoso rostro lívido;
duerme, mi amor, duerme pronto...
Pero no se duerme el niño.

—Está helando, el viento sopla
y no hay fuego en estos sitios;
es de noche, noche santa
del amor casto y divino;
duérmete, cierra los ojos
entre los paños mullidos,
mientras lucen las estrellas...
Pero no se duerme el niño.

—Tan pronto como te duermas
vendrán los sueños divinos
y harán, cual blancas palomas,
en tus párpados sus nidos.
Duérmete, sol de mi vida...—
dice, exhalando un suspiro;
pero ¡ay! que suspira en vano,
porque no se duerme el niño.

La madre entonces contempla
llena de angustia á su hijo,
le arropa, baja la frente
y con voz que es un gemido:
—Duerme—le dice—ó la pena
acabará, al fin, conmigo...
y el llanto nubla sus ojos,
y entonces se durmió el niño.

ALFONSO DAUDET.



LA VISITA DEL NIÑO JESÚS

—Hijos míos: hoy es el día en que el Niño Jesús vino al mundo, naciendo en oscura cueva como esta en que nosotros vivimos. El era el Hijo de Dios, el Rey del mundo y de la gloria, y á pesar de su alteza y poderío, gustó de ser pobre y eligió por madre á una pobre artesana, sometiéndose con filial obediencia á un humildísimo carpintero. Jesús es el Dios de los pobres: no nos abandonará en nuestra miseria; confiémos en El, hijos míos.

Quien así hablaba era una mujer sin ventura, por nombre Marta, que habiendo perdido en la guerra á su esposo, quedó sola en el mundo al cuidado de tres criaturas de que Dios la había hecho madre. Marta era joven: tenía poco más de treinta años, sus niños eran muy pequeños: aún no servían para ganarse el pan. Recogiendo plantas medicinales, cortando leña y lavando ropa, la buena Marta conseguía un jornal mezquino con que subvenía á la alimentación de sus hijuelos.

Vivían en mísera choza, cavada como una cueva en la falda de un aspero monte, lejos del humano trato con las gentes. Como el ave que sale del nido en busca de alimento, así salía Marta diariamente de la choza, dejando á sus niños expuestos á todos los daños de la triste soledad, y luego, cuando volvía con el saquillo lleno de pan duro, de tubérculos y hortalizas, preparaba la parca refacción mojada con el agua transparente que allí cerca nacía de un escondido manantial.

Y sucedió que la blanca nieve que sirve de purísima estola al Santo Niño de Nazareth, al caer sobre el cuerpo mal abrigado de Marta produjo una dolencia que dejó por algún tiempo paralítica á aquella desventurada mujer. El pan y las hortalizas que en la choza había almacenado la previsión de la buena madre, presto llegaron á escasear, y el día de la Nochebuena amaneció para la pobre familia amargado con el negro dolor de no tener pan que llevar á la boca.

—Madrecita: ¿no comemos hoy?—preguntaban los niños hambrientos rodeando el montón de pajas donde yacía la madre tomada de la calentura.

—Hijos míos—contestaba la infeliz, acariciando amorosamente á sus angelitos;—hoy... hoy... no se puede comer hasta que el Niño Jesús venga á traernos pan.

¡Día aciago aquel! Mil veces quiso Marta levantarse para ir á pedir una limosna á Casasola, distante así como una legua; pero no le fué posible tenerse en pie.

—¿Cómo tarda el Niño Jesús, madre! ¿Acaso se habrá olvidado de nosotros?

—Sí vendrá, hijos míos, si vendrá: es el Dios de los pobres que no abandona á los que en El tienen puestas sus esperanzas.

Llegó la noche, negra y fría como aquella que según dicen los historiadores de Jesús, se tendió sobre los montículos de Belén cuando la Virgen Santísima y José, el bienaventurado carpintero, buscaban en vano posada en que guarecerse y descansar; noche negra y fría, pero silenciosa, grave y solemne, ornada en los cielos

con número infinito de estrellas luminosas y libre en la tierra de los bramidos espantables de Aquilón.

—¡Madre, que no viene Jesús!—clamaban los niños de Marta.

Y ella, llorando amargamente, les decía:

—¡Ya vendrá, hijos míos, ya vendrá!

De pronto sonaron unos golpes en la desvencijada puerta de la choza. Los niños se amedrentaron, y, como polluelos tímidos, vinieron á cobijarse en el seguro del pecho maternal.

Marta sintió su alma conmovida. Entonces se abrió la puerta, y la humilde covacha fué súbitamente iluminada con un resplandor que no parecía de este mundo.

Dos largas filas de ángeles, que llevaban antorchas en las manos, se extendían desde la entrada de la choza hasta un recodo formado por el camino del monte; en medio aparecía, vestido de blanca túnica, un niño de celestial hermosura y gentileza, con la faz blanca, los ojos azules, el cabello dorado como la avellana y partido sobre la cabeza á usanza de los nazarenos. Llevaba sobre el hombro una cruz de madera salpicada de manchas purpurinas, y en la frente una corona de aguzados juncos marinos; su aspecto era por todo extremo nobilísimo y soberano.

Detrás de él marchaban muchos pajes cubiertos de preciosas vestimentas, los cuales pajes eran portadores de canastillas donde había muy ricos alimentos y muy finas ropas y abrigos de muy exquisito valor. Y cerrando aquel cortejo maravilloso, iban músicos y salmistas cantando con voces eufónicas:

«—Este es el Cordero de Dios. Este es el Rey de los reyes y Señor de los señores. Este es aquel Príncipe que no ha de cargar con tributos á sus vasallos, antes bien ha de pagar con su sangre las penas que ellos han merecido. Venid, y adoremos al Rey por quien todo vive. Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Entró aquel Niño en la choza y piadosamente besó en las frentes de Marta y de los tres pobres pequeñuelos. Tomó después los dones que de rodillas les presentaban los pajes, los bendijo y los dió generosamente á la viuda.

Luego dijo:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Venid á Mí todos los que estais abrumados por la pena, y yo os confortaré. Quien en Mí cree no perece, sino que tiene vida eterna.

Los cantores entonaron un coro eucarístico, y la celestial procesión, bajando por la falda del monte, se perdió tras el recodo del camino...

Marta creyó siempre que el Dios de los pobres, el Divino Jesús, era quien la había visitado aquella noche. Pero no faltan cronistas que aseguran haber sido todo aquello invención y traza del caritativo Señor de Casasola, gran caballero y gran cristiano.

ALVARO L. NUÑEZ.

Diciembre de 1898.

PIDIENDO LIMOSNA

Los que gozando de abundante cena
y en atmósfera tibia y perfumada,
logreis pasar contentos la velada
celebrando la alegre Nochebuena;

y con la copa hasta su borde llena
de la brillante espuma nacarada,
que lleva en sus burbujas encerrada,
la alegría que extingue toda pena;

si en vuestro pecho, que en placer rebosa
la santa caridad tiene raíces
y no sentís el egoísmo impío;

dad limosna con mano generosa,
que esa noche, habrá muchos infelices
que la verán pasar con hambre y frío.

SANTIAGO IGLESIAS.

A UNA FEA

La primer vez que ví tu cara fea
¡oh dulce amiga! la encontré tan rara
que imposible juzgué que te mirara
sin cierta repulsión el que te vea.

Hoy mi vista al mirarte se recrea
y con amor te digo: —¡Quién pensara
que habías de tener, con esa cara,
el cuerpo de la Venus Citerea!

Al ver que apaga el fuego del deseo
esa faz, mil imbéciles á coro
de falta contra el gusto me hacen reo.

Mas yo el tesoro de tu cuerpo adoro...
y tu rostro también, porque es tan feo
que guarda de ladrones mi tesoro.

MIGUEL JIMENEZ AQUINO.

LA CIUDAD DE FORTUNA

CUENTO INFANTIL

Una vez había un joven, llamado Ruperto, mozo el más listo y avisado de su aldea, y aun de cuantas se encontraban en veinte leguas á la redonda.

Cierta noche se hallaba en un grupo de chicuelos de su edad, que, congregados alrededor de la lumbre, escuchaban con embeleso la relación que de sus aventuras hacía un soldado veterano, lleno de cicatrices, que le valieron los modestos galones de sargento de inválidos.

El narrador se encontraba en el punto más interesante de su relato.

«La gran ciudad de Fortuna—decía—está situada en la cima de una altísima montaña, tan escarpada, que son pocos los que llegan á subirla.

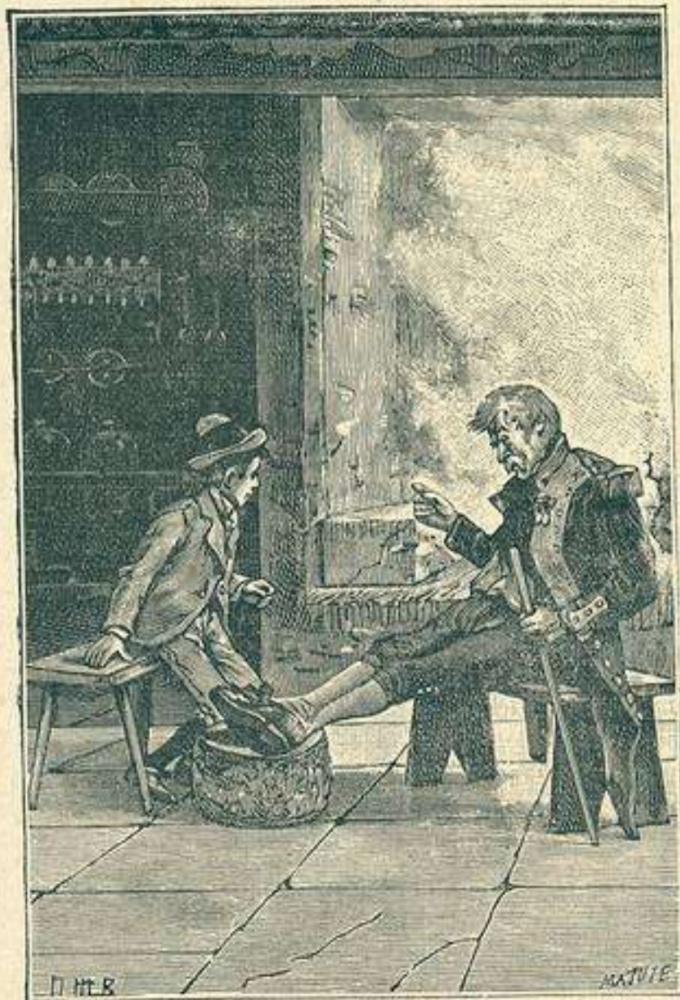
«Allí el oro circula en abundancia tal, que los habitantes no saben qué hacerse del metal precioso.

«De él están fabricadas las casas, de maciza plata los muros de las fortalezas, y los cañones que la defienden son enormes diamantes taladrados.

«Las calles están empedradas con monedas de á cinco duros, siempre nuevecitas, porque en cuanto empiezan á perder el brillo, las sustituyen con otras acabadas de acuñar.

«Es cosa de ver en qué consiste la limpieza. Lo que mancha es purísimo polvo de oro, que recogen los carros de la basura para tirarlo en grandes espuertas á las alcantarillas.

«Los guijarros, en que se suele tropezar, son brillantes como avellanas, despreciados á causa de la abundancia prodigiosa con que el suelo liberalmente los prodiga. En una palabra, el que viva allí puede considerar como mendigos á los más poderosos de la tierra.



«Lo malo es que el camino que allá con luce es áspero y difícil, y sucumben los más sin haber podido llegar á la ciudad del oro.» Ruperto no echó en saco roto las palabras del soldado; y así es

que, apenas logró ocasión de quedarse á solas con él, le preguntó:

—¿Sabe usted por dónde se va á esa ciudad encantadora?

—Y tanto como lo sé, hijo mío; pero no te aconsejo que intentes el viaje.

—¿Por qué?

—El camino es largo y penoso. Yo me volví á la primera jornada, asustado de las dificultades que es preciso vencer. Pero, en fin, si estás resuelto á marchar, debo advertirte lo siguiente: Para llegar á Fortuna hay dos caminos: uno muy largo, lleno de piedras y de escabrosidades; si vas por allí, las agudas puntas de los guijarros destrozarán tus pies y la fatiga te abrumará. Te saldrán al encuentro mil dificultades terribles; tendrás que luchar con crueles enemigos, y si logras, por fin, vencerlo todo, llegarás á Fortuna ya viejo y extenuado, cuando las riquezas no te sirvan para nada. El otro camino es llano y corto, pero...

—¡Basta! No diga usted más; indíquelo ahora mismo, que del resto yo me encargo.

—Bueno, bueno; te lo indicaré, y quiera Dios que no te pese el no haber querido escucharme hasta el final.

Y el rapazuelo, sin despedirse siquiera de sus padres ni de su hermano, echó á andar por donde el viejo soldado le indicara.

Y anda que te anda, iba más contento que unas castañuelas, pensando en las riquezas que le aguardaban, y que creía tener ya al alcance de su mano.

Al cabo de dos días, llegó á la orilla de un caudaloso río. En él había una barca, y en la barca un negro de colosal estatura.

Nuestro mozo se acercó al barquero y le preguntó:

—Buen hombre, ¿se va por aquí á Fortuna?

—Sí, mocito; pero es preciso atravesar el río.

—Bueno; pues pásame usted.

—¿Sabes cuánto cuesta?



—No.

—Cincuenta duros.

—Pero, hombre, ¿tengo yo cara de tenerlos, ni aun de haberlos visto juntos en mi vida? Sea usted complaciente, y pásame de balde.

—Este río, amiguito, no se pasa gratis nunca. Es el primer paso hacia Fortuna, y hay que pagarle de algún modo. Si no tienes dinero, es igual; déjame que te corte un pedacito de corazón. Quizá te duela un poco al principio, pero luego quedará como si lo tuvieras entero.

Ruperto dejó que el negro le abriese el pecho y le sacara un pedacito de corazón.

Cuando pasó á la otra orilla, dió un suspiro de satisfacción.

El primer paso estaba dado, y ya veía la hermosa ciudad de Fortuna, cuyas resplandecientes murallas despedían hermosísimos reflejos.

Pero notó que tenía mucho menos afán en llegar á la ciudad del oro, y una sensación extraña de vacío en el pecho.

Siguió, con todo, su marcha; pero aun no habria dado cien pasos, cuando una nueva dificultad vino á estorbarle el camino. Este se estrechaba entre dos montañas inaccesibles, y la entrada del desfiladero estaba custodiada por otro guardián tan negro como el de la barca.

—¿Adónde vas, muchacho?—preguntó á nuestro mozo.

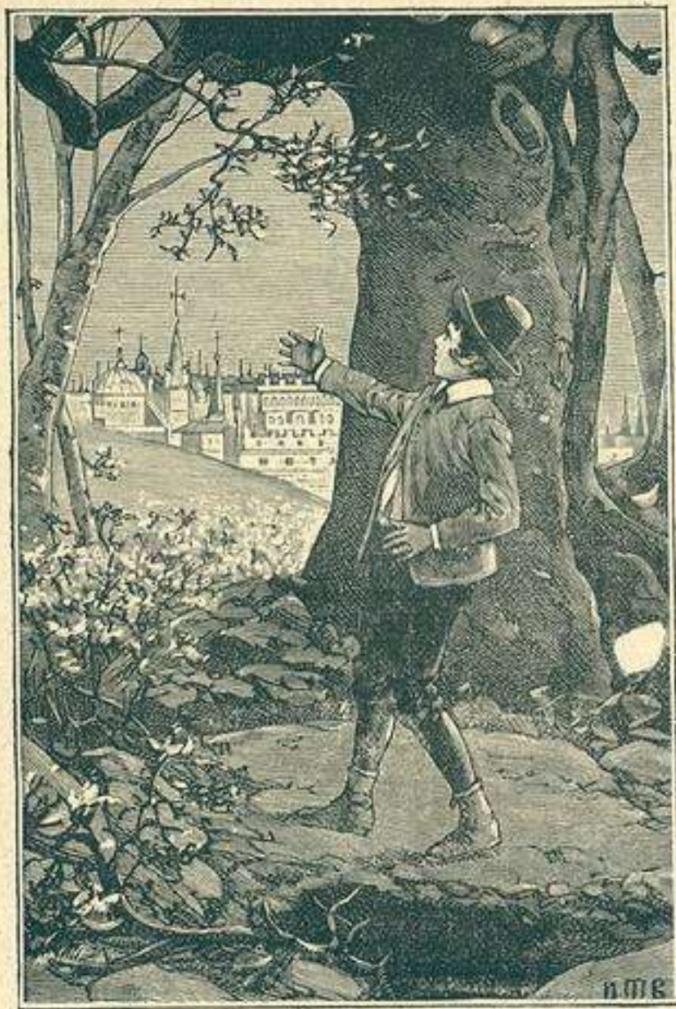
—A la ciudad de Fortuna.

—En efecto; este es el camino, pero hay que abonar el pasaje. Es un pedacito de corazón.

Sin vacilar abrió su pecho Ruperto, y dejó en manos del terrible portero un manojito de fibras de aquel órgano de la vida.

Y siguió andando, andando, hacia la ciudad, que á sus ojos se mostraba cada vez más próxima y más hermosa. Pero cada vez sentía menos afán por llegar.

Aun no habían terminado las dificultades. El camino se cortaba de pronto, formando un terrible barranco: solo pensar en atravesarlo hubiera sido un delirio.



Ruperto creyó fracasadas sus esperanzas, y se sentó desalentado sobre una piedra.

En aquel momento un buitre de gran tamaño bajó desde la cima de una montaña, y, acercándosele, le dijo:

—¿Quieres pasar? Pues dame un pedazo de tu corazón.

—Tómalo y pásame—dijo Ruperto desesperado.

El buitre hundió su pico en el pecho de Ruperto y sacó un buen trozo de corazón.

En seguida cogió á nuestro mozo con sus garras y lo llevó al otro lado del abismo.

Ahora sí que estaba á las mismas puertas de Fortuna. Ya podía contar hasta el número de torres que por encima de los altos muros se levantaban, y dió por hecha su felicidad, si es que ésta consiste en el dinero.

En la puerta le detuvieron. Allí no se podía entrar con más corazón que el necesario para vivir. Además, no se podía llevar un corazón de carne, y así le sacaron lo que le quedaba del suyo, y le pusieron uno de acero muy bonito, pero duro como el diamante.

Sólo que se olvidaron de quitarle una pequeña fibra, que pasó desapercibida detrás del corazón de metal.

—Al fin estoy dentro—se dijo Ruperto; pero con gran extrañeza suya, no le produjo la ciudad del oro ni sorpresa ni alegría.

—¿Para qué quiero las riquezas—exclamaba,—si he perdido mi corazón, y con él mis ilusiones?

Y paseaba por la ciudad, mirando con soberano desprecio aquellas riquezas que estaban al alcance de su mano, y que tanto halagaron antes su ambición.

Aquel brillo deslumbrante llegó á molestarle.

—Aquí, por lo visto—se dijo,—no hay más que oro. ¡Maldito metal, que me has costado mi corazón! ¡Dios mío! ¿Quién me devolverá mi corazoncito?

Buscó amigos, pero no logró hallarlos, porque aquella gente tenía el corazón de acero, y Ruperto sentía que aquella fibrilla que le quedaba del suyo le hacía sufrir atrocemente.

Sin amigos, ni afectos, en aquella ciudad del oro, Ruperto se acordó de sus padres y de su hermano, y lloró amargamente su destino.

Y entonces resolvió volver á la blanca casita de su aldea, y vivir en ella como á Dios fuere servido. Al salir de la ciudad sintió una extraña alegría.

Pero aquel maldecido corazón de acero le hacía sufrir horriblemente; sólo la fibrilla que le quedaba del suyo palpitaba de gozo dentro del pecho.

Siguió el primer camino que encontró, y entonces no halló dificultades. Parecía que le habían nacido alas en los pies. Iba cuesta abajo, y así se marcha muy aprisa.

Cuando llegó á su aldea estaba tan pobre como antes, y además aquel corazón frío y duro no le dejaba respirar.

Latía lo mismo que un cronómetro, sin apresurarse ni retardarse. ¡Tic! ¡tac! ¡tic! ¡tac!

Su hermano fué el primero que le salió al encuentro lleno de alegría. Le abrazó, le besó y le acompañó hasta su casa entre los mayores transportes de júbilo.

Pero el corazón de acero no dejaba á Ruperto regocijarse.

Las lágrimas no acudían á sus ojos, y sentía en el pecho como una mano que le oprimiese.

Su anciano padre le estrechó en sus brazos, y tampoco logró conmover aquel duro corazón. Ruperto sentía una angustia extraordinaria.

Pero llegó su madre, que corrió desalada hacia su hijo, le abrazó llorando, y sus lágrimas cayeron sobre el pecho de Ruperto.

Entonces, ¡oh poder del amor de madre! aquel corazón de acero apresuró sus latidos, y, no pudiendo resistir más, saltó como salta el roto muelle de un reloj.

La fibrilla era ya un corazón nuevo, y Ruperto un hombre feliz.

Y cuando le hablaban de las riquezas, decía:

—Dios las dará, si convienen; pero nada de buscarlas por atajos, á costa del corazón y de las ilusiones.

JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ.

CUADROS Y DIBUJOS

EL AGUINALDO DEL ABUELO

Representa el cuadro una escena de familia, repetida estos días en multitud de hogares. La llegada del abuelo con el aguinaldo, es celebrada con júbilo por la chiquillería, ansiosa de golosinas y juguetes; porque si bien es cierto que los niños son siempre enredadores y golosos, parece que en los días de la Pascua de Navidad resultan más excitados estos infantiles apetitos ante el espectáculo tentador de tanto escaparate, lleno de cuantos manjares puede desear el paladar más exigente y cuantos juguetes y artificios puede apetecer el espíritu más enredador.

Para los niños, es evidente que el aguinaldo del abuelo resulta el más codiciado. El de los padres, el de los parientes y el de los amigos, es cosa corriente y de clavo pasado. Pero el del abuelo se espera con verdadera curiosidad, porque parece que está obligado a superar á todos los regalos y ser el más bonito, el más entretenido y el más caro. Es una obligación de estos modernos patriarcas, recompensada con largueza por sus diminutos descendientes, pues para el abuelo suelen ser los mimos más cariñosos y los besos más apretados. Dios sabe el dineral que se habrá gastado ese respetable señor que pinta Ramírez, entrando en la sala llena de chiquillos, con un caballo de cartón bajo el brazo, y seguido de la niñera, con un gran envoltorio lleno de quién sabe cuántas monisimas chucherías. Pero también será cosa buena de ver los transportes de alegría que todo ello ha de proporcionar á los nenes que se apresuran á salir al encuentro del sonriente abuelo. Váyase lo uno por lo otro.

Considerado el aguinaldo como prenda de verdadero y recíproco afecto, es sin duda el aguinaldo á los niños el que mejor simboliza el carácter de estas anuales ofrendas.

Los que solicitan la nube de pedigüños que estos días, con cualquier pretexto, llaman á vuestra puerta, esos no son aguinaldos, esos son sablazos *ad majorem Dei gloriam*.

EN LA PLAZA MAYOR

Se llama oficialmente la de la Constitución; pero son pocos los madrileños que la conocen por ese nombre. En cambio, por el de Mayor es popularísima. En estos días se establece en ella el campamento de la Navidad, y puede asegurarse que no hay vecino de Madrid que deje de visitarla; allí tiene que ir el que quiera buenos dátiles y granadas, castañas y nueces, plátanos y caña dulce, turrone y confituras, zambombas y panderas, tambores y rabeles, para celebrar con danzas y comilonas los regocijos pas-

cuales; y allí también tiene que concurrir el que quiera ver la flor del mujeriego y de la guapeza de los barrios más clásicos de Madrid. Porque lo mejor de la feria que en la famosa plaza madrileña se celebra, es esa nota eminentemente popular que reviste y que por tradición conserva.

Allí se ven y se admiran estos días las más pulidas y arrogantes bellezas de nuestras clases populares; esas buenas mozas, que sólo se echan á la calle en días que repican gordo y en noches de verbena, pasando el resto del año ocultas para la generalidad de los mortales.

De chiquillos, libres por unos cuantos días de la clausura de la escuela, hay siempre un enjambre alborotador é incansable en sus juegos y diabluras.

En el dibujo á pluma que más adelante reproducimos, el artista ha copiado una escena que en la plaza Mayor puede verse á diario: un grupo de chicos de la calle que juegan á los soldados. En España las cosas militares ejercen verdadera fascinación entre los chiquillos. No pasa regimiento por la calle que deje de llevar á vanguardia un grupo de niños de la calle, y de cualquier *casus belli* en que la nación se vea metida, tenemos pronto graciosos simulacros en calles y plazas: cuando el conflicto de Melilla, las huestes infantiles remedaban luchas entre moros y cristianos; hoy, con la guerra de Cuba, andan á la greña «mambises» y «españoles» siempre que hay ocasión.

¡Dios sabe qué descomunal batalla irá á reñir el infantil destacamento que tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores!

ALMANAQUE INFANTIL

Cada cosa á su tiempo, y los almanaques á fin de año. En las postrimerías de cada uno de éstos parece requisito indispensable el procurarse un catálogo de los días futuros; y en verdad que pocos objetos habrá en una casa más «mirados» que el almanaque. Así es que cuando llega la época de renovarles, y se les arranca la última hoja ó se les hace la última consulta, y se cuelga en la pared el sustituto, parece que nos abandona un buen amigo, y sentimos cierta melancolía al prescindir de sus servicios.

Plá ha hecho un artístico marco al almanaque que reproducimos en el centro del número, y como éste es el último que publicamos en 1895, terminamos por hoy nuestras tareas saludando á nuestros lectores, deseándoles felices Pascuas, buen año nuevo y agradeciéndoles vivamente el creciente favor con que distinguen á los suplementos ilustrados de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

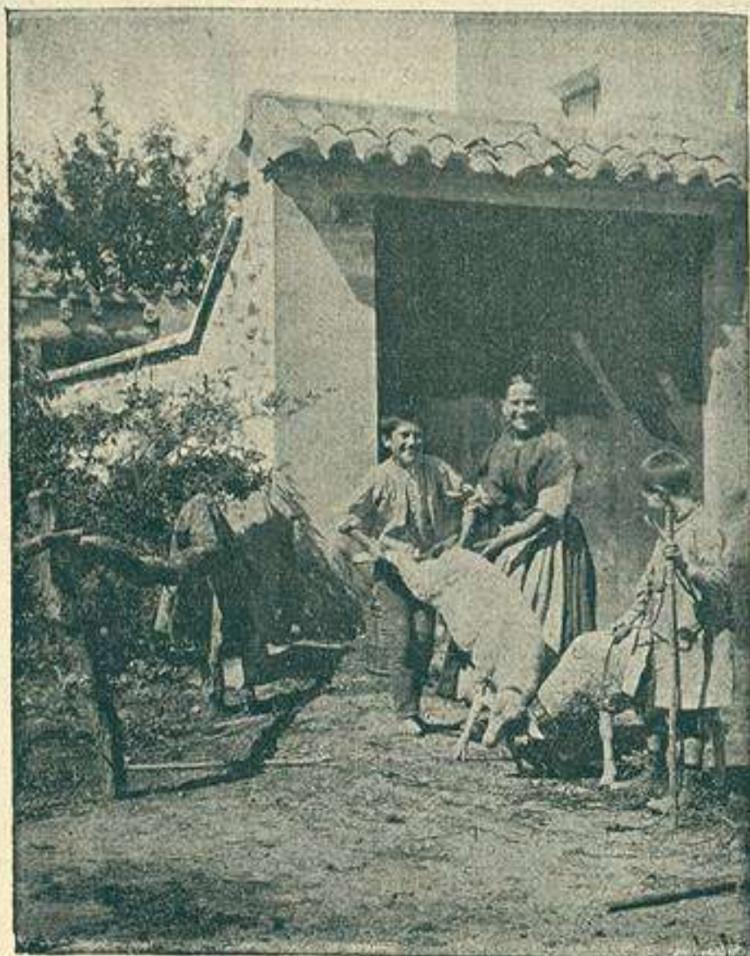
INSTANTÁNEAS, POR J. DOSET



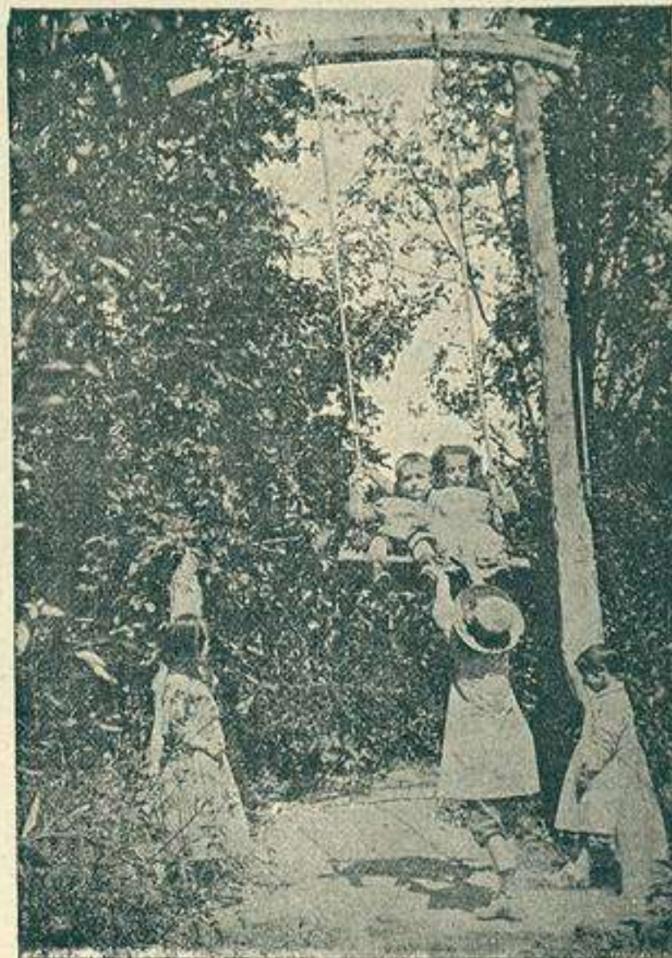
Una siesta.



Un obsequio.



La sorpresa.



Pasatiempo infantil.

CANTARES

En dos cosas se parecen
el baile y el matrimonio,
en que se lleva pareja
y en que se cansa uno pronto.

No importa llegue la noche
no importa que el sol se apague,
que á la luz del sol sucede
la luz que en tus ojos arde.

En nuestra cuenta de amor
voy temiendo que al final
equivocquemos la cuenta
y volvamos á empezar.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

SOLUCIONES Á LOS ACERTIJOS

- 1.º PAPEL.
- 2.º LA NECESIDAD.

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS

- 1.ª MARAGATO.
- 2.ª AMARTELADO.

SOLUCIÓN Á LA FRASE HECHA

CON LA MOSCA EN LA OREJA.

SOLUCION AL JEROGLIFICO

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales;
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

CHARADAS

Dos tres y al punto dos ama,
y á su más *dos-tercia* acento
acude cual *prima-tercia*
inocente y sin recelo....
¡Pobre niña! vale más
que *tercia-dos* su sueño
la ilusión, y no *tres-una*
prima su amante mintiendo...
que no *dos prima* en sus ojos
que es un *todo*..... que es un perdido.

Cuentan que á *todo* llegó
prima tres tan hechicera,
que todo aquel que la viera
de sus gracias se prendó;
su *tres prima* no ocultó,
dijo que era *dos tercera*
todavía *dos primera*;
y en sus manos ostentaba
un *tres dos* que declaraba
su pasión viva y sincera.

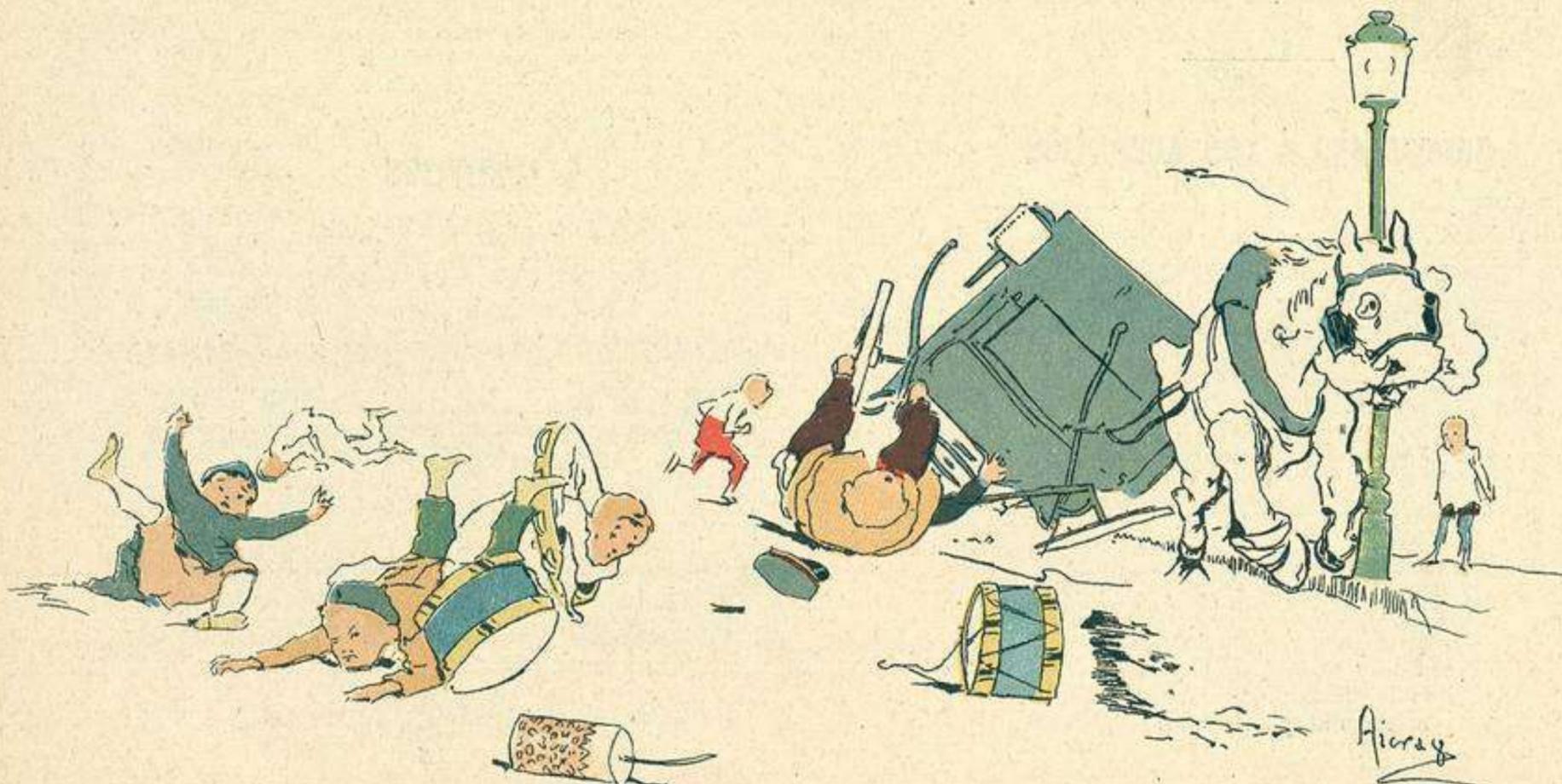
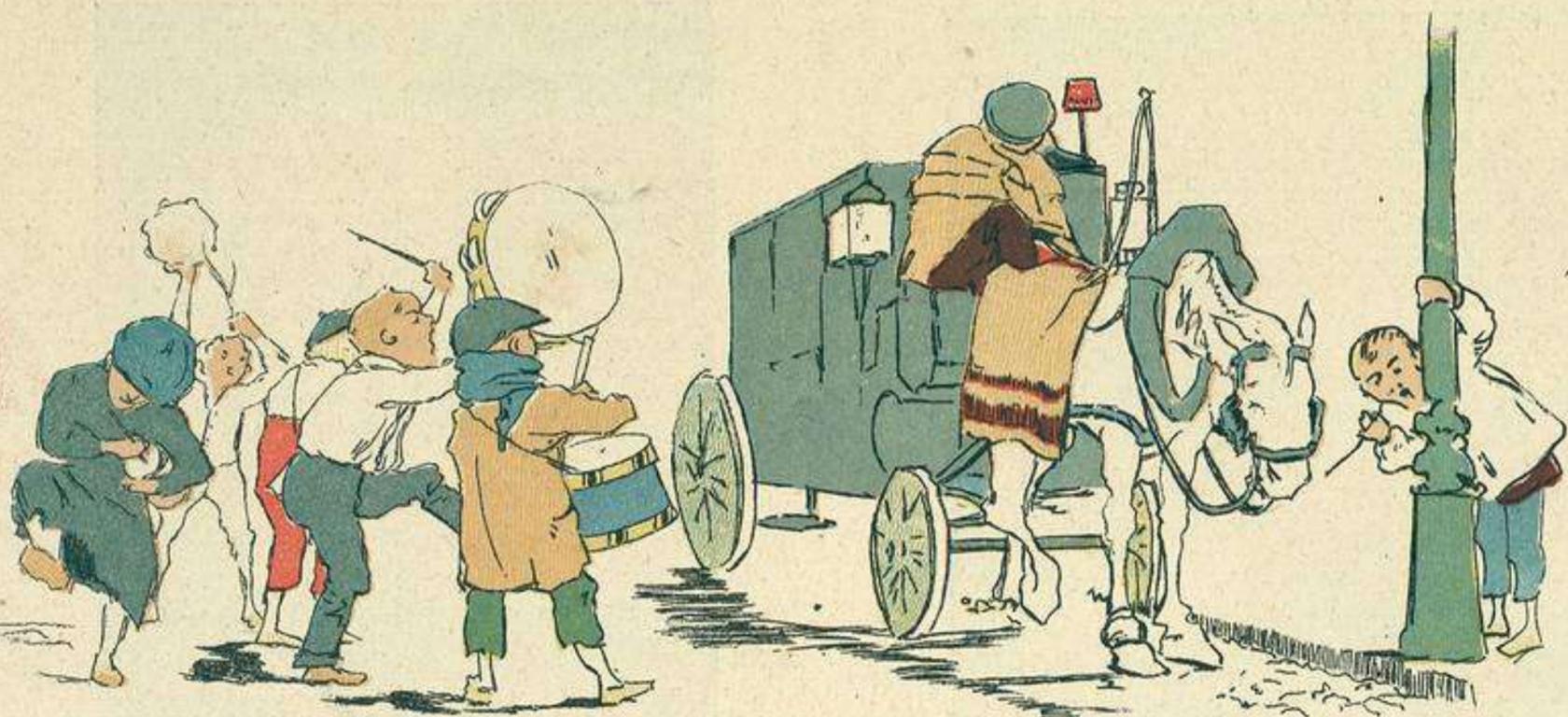
ACERTIJOS

¿Quiénes son las dos doncellas
que se mueren en naciendo,
y aun cuando no se están rien lo,
nos miran y juzgan ellas
sentido á todos poniendo?

Con ser ninguno mi ser,
muchas varas en un día,
suelo menguar y crecer,
y no me puedo mover...
si no tengo compañía.

Sin cabeza nada soy:
sin pies, mi precio es subido;
sin medio, al cadalso ó trono
sirvo de paso preciso;
y entera, causo la muerte
ó doy gusto al apetito.

• DIABLURAS •



Aicray